

# la base social de la política\*

HANS PETER DREITZEL

El que las ciencias sociales se hayan vuelto un campo de estudios académicamente necesario, ya no es novedoso, así como tampoco es menester hacer hincapié en su enorme crecimiento durante las dos últimas décadas. Es punto menos que imposible echar una ojeada a un periódico o a una revista, sin quedar sorprendido por el acopio de ensayos, reseñas y comentarios sobre varios temas concernientes a la ciencia social. Los sociólogos han ido dedicándose más y más a los proyectos de investigación patrocinados por el gobierno o fundaciones. Un alto grado de especialización y un número creciente de publicaciones caracterizan esta situación y ya es imposible pensar que un sociólogo sabe lo que está ocurriendo en las subdisciplinas en este campo, cuanto más la gran mayoría de los ciudadanos que están atónitos por la corriente de hechos no interpretados y opiniones discrepantes.

En vista de esta situación, el presente volumen inicia una nueva serie de artículos llamada "*Recent Sociology*" (Sociología Moderna), que es una recopilación anual de artículos, en que se está llevando a cabo un intento de informar al público en general del desarrollo y problemas actuales en el campo de sociología. Sin embargo, es imposible presentar al lector un cuadro verdaderamente representativo del estado actual de las investigaciones sociológicas, ni tampoco es factible abarcar todo el campo de estudios sociales en cada uno de estos reducidos volúmenes. Por el contrario, cada volumen será dedicado a un tema especial referente a los problemas modernos de la sociedad y de la sociología a la vez. Los artículos seleccionados no son necesariamente "novedosos" en el sentido de que representan una "ruptura", de lo establecido, pues

ésta no es la forma típica en que las ciencias sociales adelantan, ni tampoco los autores pertenecen necesariamente a la *élite* establecida. Más bien, nuestra selección se ha basado en dos criterios: ¿constituyen dichos artículos una aportación a la problemática actual y puede decirse que confrontan puntos de vista originales con una presentación crítica de los problemas y sus respectivos estudios sociológicos? Por ende, el lector no encontrará un esbozo de todas las actuales fronteras de la investigación sociológica, sino, más bien, una recopilación de artículos que tratan de algunos de los problemas más controvertidos, que recientemente han sido objeto de investigaciones sociales. Nuestra intención es enterar al lector de los problemas importantes y las soluciones propuestas que los sociólogos están discutiendo. Sin embargo, aun con estas salvedades, cualquier intento de abarcar todo el campo de la sociología sería demasiado pretencioso; dedicarse a un tema especial en un tiempo determinado, nos parece un plan más prometedor.

Si bien en cualquier momento puede haber una persona que se dedique a todas las ramas de la sociología, la ubicación del interés predominante se desplaza. A fines de la sexta década, ese desplazamiento era hacia un enfoque más crítico, a fin de entender la base social de política. Los estudios sociológicos se enraizaban siempre en los intereses y preocupaciones de la sociedad que intentaban analizar.

Incluso durante la quinta década y los principios de la sexta, cuando el interés positivista en las ciencias sociales alcanzó su ápice, la imparcialidad y la libertad propuesta en el establecimiento de la escala de valores era reflejo del callejón sin salida en que la sociedad americana se hallaba atrapada a consecuen-

\* Tradujo del inglés: Miguel Luban. Del libro *Sociology*.

cia de la guerra fría, que parecía haber congelado el proceso histórico en un periodo de prosperidad, aunque no de tranquilidad. El fin de la era McCarthy, el inicio de la política de coexistencia, el éxito de una revolución comunista en el umbral del gigante norteamericano, son acontecimientos que entre otros, impelían hacia un cambio en la disposición de ánimo e intereses de los sociólogos. Pero, lo más importante es el hecho de que estos sucesos hayan desencadenado varias fuerzas sociales que han cristalizado en movimientos de gran impacto: el movimiento proveniente de la radicalización de la comunidad negra, después del fracaso del movimiento de derechos civiles y la rebelión de los estudiantes son, sin duda, los más importantes entre ellos. Pero, si el impacto de estos movimientos no ha alcanzado las capas más altas de la sociedad norteamericana, la escalada de la guerra de Vietnam y la crisis urbana que no se ha podido resolver, han llegado a todos los rincones, originando una insatisfacción creciente con la actual situación política, que, en ciertos grupos de la población, ha llegado a ser una decepción, en lo que se refiere a los ideales tradicionales de la política norteamericana.

La sociología no quedó inmune a esos eventos. Si bien varios observadores de la Nueva Izquierda consideran que los sociólogos tienden a cerrar sus ojos ante el desasosiego creciente y dedicarse a estudios empíricos de interés metodológico antes que político, que no constituyen un estímulo para plantear problemas concernientes al orden establecido, no cabe negar que existe una tendencia contrapuesta. Durante los últimos dos o tres años ha habido un interés creciente por el estudio de las estructuras del poder y los movimientos políticos, así como por las disposiciones para adoptar el punto de vista marxista y discutir las ideas socialistas. Es casi seguro que, muchas de estas nuevas actitudes provienen de personas ajenas al campo de la sociología, tales como Noam Chomsky, Anatol Rapoport y Paul Goodman. La sociología que originalmente se conceptuaba por sus fundadores europeos como una ciencia de crisis sociales, parece que con el tiempo se ha desecado y empobrecido por el exceso de la institucionalización y necesita enriquecerse de vez en cuando con nuevos impulsos provenientes desde afuera. En la actualidad, un número cada vez mayor de sociólogos jóvenes empieza a poner en tela de juicio algunos supuestos fundamentales y los rumbos de su disciplina. Aunque sea verdad que muchos sociólogos se volvieron peritos en la construcción de la

sociedad, que venden sus conocimientos a altos precios al gobierno o a las sociedades mercantiles, independientemente de lo que esos compradores se propongan hacer con ellos, también es verdad que la tradición de la sociología crítica ha encontrado nuevos partidarios en estos últimos años. Sin embargo los efectos del cambio en el clima político de la sociología todavía son limitados. Los grandes problemas teóricos y los debates en la quinta década han perdido una parte de su interés e importancia. La teoría de Parson y el largo y más bien fútil debate sobre la teoría de la estratificación funcionalista ya no se discuten acaloradamente, sino que están sobre poco más o menos relegados a los archivos de la historia de la sociología.

Han habido otros acontecimientos que probablemente provocarán discusiones teóricas y metodológicas más amplias en los años venideros. Los modelos matemáticos para la sociología han sido mejorados considerablemente aunque su aplicabilidad a los problemas más urgentes de la sociedad industrial no es muy clara todavía. Más importante es la nueva metodología que trata de interrelacionar los elementos del interaccionismo simbólico de George Herbert Mead, el existencialismo y la fenomenología, de acuerdo con la tradición europea. Este movimiento, llamado comúnmente etnosociología, o etno-metodología ha adquirido preeminencia sobre todo en el Oeste de los Estados Unidos. Se acerca más a los problemas de la sociología política el debate que recientemente llegó a América entre el estructuralismo del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss y las nuevas formulaciones del enfoque marxista en las ciencias sociales. En tanto que el debate filosófico entre el estructuralismo y el marxismo se lleva a cabo principalmente en Francia, algunas discusiones se han vuelto internacionales, y en ellas América ha participado algo tardíamente. Esto se debe principalmente al neohegeliano Herbert Marcuse, el cual, pese a sus raíces germánicas, llegó a ser una persona de gran influencia en la "nueva izquierda" de América. Por supuesto, hay otras personas en este país con ciertas conexiones con este neomarxismo, tales como George Lichtheim, Norman Birnbaum, o incluso Michael Harrington, por mencionar solamente a los más importantes. Más adelante probablemente aparecerá en el escenario sociológico el impacto creciente de estas escuelas de pensamiento: etnosociología, estructuralismo y neomarxismo, aunque puede transcurrir largo tiempo antes que esas influencias lleguen a la investigación sociológica. Las grandes corrientes en

disciplinas científicas a veces se diluyen en la corriente principal y su importancia se manifiesta sólo gradualmente.

Sin profetizar, es difícil formar un juicio válido sobre las potencialidades de corrientes científicas. Puede ser que el optimismo tecnocrático que actualmente está en boga en las altas esferas del establecimiento académico predomine también en el futuro. El convencimiento de que todos los problemas pueden resolverse, siempre y cuando se aplique la estrategia tecnológica adecuada, parece ser más y más la ideología predominante de las clases medias educadas, y la sociología durante largo tiempo ha formado parte del sistema de la racionalización de la clase media. Durante el régimen de Kennedy y los primeros años del régimen de Johnson, todo el mundo parecía estar satisfecho con el lento progreso de los programas de derechos civiles y, tal como lo demuestra Melvin Tumin en su ensayo, pocos sociólogos se oponían a ese optimismo de conveniencia. Parecía que la pobreza no existía durante aquellos años y solamente cuando el Presidente Johnson la utilizó para su propaganda electoral, los sociólogos empezaron a estudiar el problema con mayor detenimiento.

En realidad, los sociólogos han sido cogidos de sorpresa por la rebelión de estudiantes. En 1961, sólo tres años antes de la rebelión de Berkeley, Talcott Parsons pudo escribir un artículo arguyendo que esa generación de estudiantes se hallaba especialmente bien integrada en la sociedad, e incluso hoy en día los sociólogos emiten varias hipótesis pero no han presentado una explicación racional del fenómeno mundial de la rebelión estudiantil. Daniel Bell anunció el fin de ideologías en 1960, a principios de la década en que hemos presenciado el auge del movimiento del Poder Negro, la aparición de Nueva Izquierda, la importancia creciente de la Sociedad De John Birch y el movimiento de Wallace. Por cierto, estas observaciones pueden arrojar luz sobre la incapacidad de las ciencias sociales para hacer profecías. Evidentemente, hay varios sociólogos a los que no preocupan estas contradicciones; tal parece que existe cierta relación entre la frecuencia con que el público y las agencias semipúblicas solicitan los consejos periciales de sociólogos y el incremento de su creencia en que la aplicación de la estrategia tecnológica es suficiente para resolver todos los problemas de la sociedad moderna. Martín Nicolaus, en un ataque contra la corriente principal de la sociología en la convención anual de

la Asociación Americana de Sociología en 1968, dijo de estos científicos. "Este es el tipo de sociólogos que establece la tónica de la ética de la profesión, y éste otro es el tipo de sociólogos que no es más que un fámulo de las corporaciones, un blanco intelectual del tío Tom, no sólo para este gobierno y las clases dirigentes, sino también para cualquier gobierno y cualesquiera clases dirigentes."

Esto puede parecer una acusación demasiado severa, pero es un hecho que la sociología se halla cogida en una contradicción fundamental, entre ser una ciencia crítica, cuyo trayecto parece remontarse a los partidarios de la Revolución Francesa y llegar a los recolectores de la basura americanos al finalizar una centuria, y ser una disciplina académica establecida que saca más y más dinero a las instituciones que antaño se había propuesto criticar, a fin de sufragar los gastos crecientes de la investigación empírica.

En esta situación, la creencia tecnocrática en la potencialidad racionadora de las ciencias sociales, es una solución que acomoda a muchos sociólogos. Sin embargo, existen razones más profundas para ello: la base social de política puede perfectamente ser idéntica a la base política de la sociología. Pese a todos sus lazos con la burguesía que iba emergiendo, la sociología surgió como un análisis de la Revolución Industrial y de su impacto sobre la sociedad. Para Carlos Marx, así como para Max Weber ello significaba ante todo un análisis del sistema capitalista: ambos consideraban el modo capitalista de producción como la mayor innovación de la clase burguesa, si bien para Marx la idea predominante era que más allá del sistema capitalista la historia de las luchas de clase por fin podría terminarse, en tanto que Weber preveía el proceso de racionalización en la historia occidental y su manifestación acelerada en la forma capitalista de producción. Los recientes acontecimientos sociales y sociológicos parecen justificar el retorno al tema "el análisis del capitalismo", que es todavía el sistema económico de producción y distribución que define los rasgos salientes de los sistemas políticos occidentales. En tanto que estos pueden llamarse democracias liberales —lo que es cierto solamente con respecto a muy pocos países del mundo occidental—, sus instituciones políticas, sin duda, hunden sus raíces en las revoluciones burguesas. La idea original del liberalismo de que un sistema del libre mercado, donde los productores individuales intercambien productos, también aseguraría la igualdad de oportunidades y la libertad

política (siempre y cuando el Estado actúe solamente como una fuerza de policía en las situaciones de emergencia) ha sido inmediatamente socabada por el proceso continuo de la acumulación capitalista y la concentración industrial. El capitalismo, desde el principio, se caracterizaba por antagonismo entre los que controlaban los medios de producción y los que, mediante el proceso de concentración, han sido privados de oportunidades de llegar a ser productores independientes. Por supuesto, no era simplemente la mala fe por parte de los capitalistas el hecho de que el número de los que hubieran de vender su fuerza física de trabajo y su saber en el mercado del trabajo fuera creciendo. El mecanismo inherente de la economía capitalista obligaba a los propietarios de los medios de producción a reinvertir constantemente su capital, agrandando de este modo sus empresas, siempre y cuando la quiebra no los eliminara de la carrera. Esta situación condujo al conflicto entre dos clases: los empresarios y los trabajadores, que Marx ha analizado y en que él cifraba sus esperanzas en el fin de toda enajenación y explotación.

Es evidente que la profecía de Marx, en lo tocante a la pauperización creciente de la clase obrera, resulto ser falsa, si bien la otra parte de su profecía, a saber, que los capitalistas acumularían más y más capital y que, por eso, ocurrirá un proceso continuo de concentración, fue comprobada por los hechos. Las razones para esta falla en el análisis de Marx son las mismas que fundamentan a nuestros presentes problemas, es decir, ciertos cambios en el modo industrial de producción que se dejan sentir incluso en los países socialistas. Básicamente, existen tres tendencias que caracterizan el desarrollo del sistema socioeconómico de las sociedades industriales desde las postrimerías del siglo diecinueve hasta hoy en día: una económica, otra social y, otra más, una política:

1. Es solamente al término de la Segunda Guerra Mundial cuando la ciencia y la tecnología se han aunado; con anterioridad las tecnologías industriales eran principalmente resultado de tanteos de artesanos, en tanto que el progreso en ciencias todavía se llevaba a cabo en la soledad de laboratorios primitivos pertenecientes a las universidades. Hoy en día la investigación científica se lleva a cabo mayormente en los laboratorios industriales y otros laboratorios no universitarios, en donde la aplicación de ideas y teorías y el desarrollo de nuevas tecnologías se destinan mayormente al trabajo que a la investigación básica. Como

quiera que la ciencia y la tecnología van fundiéndose más y más, han llegado a ser la mayor fuerza de producción. Según Fritz Machlup (*La producción y distribución del saber en los Estados Unidos*, publicada por la Prensa Universitaria de Princeton, 1962), el 29% del producto nacional bruto se deriva en la actualidad de la "industria del saber", sector de producción que crece dos veces más rápidamente que cualquier otro. Ello significa que el progreso científico-tecnológico se volvió una fuente independiente de plusvalía, a diferencia de la cual la mera fuerza del trabajo que Marx tuvo en miras ha perdido relativamente su importancia.

2. La segunda tendencia es el crecimiento continuo de una nueva clase media de empleados de cuello blanco que, en los Estados Unidos, partiendo de una proporción casi insignificante a fines del siglo diecinueve, hacia 1960 creció al grado de superar la fuerza de trabajo del grupo de cuello azul. Las razones de este desarrollo residen en la tecnología cambiante de producción y distribución y de la elevación del nivel de vida, cuando el sistema ha alcanzado la etapa de la producción en masa. La creciente naturaleza técnico-científica de la industria y los problemas más y más complejos de la organización de la producción y la distribución, requieren de un número mayor de empleados técnicos, administrativos y de oficinas. Por otra parte, el consumo en masa crea una demanda creciente de varios servicios administrativos, educacionales y recreativos referentes al ocio, los que a su vez absorben un gran número de empleados públicos, comerciantes y profesionistas. En vista de que estos empleos por lo común se dan en las organizaciones con la estructura jerárquica, que ofrecen ciertas oportunidades de la movilidad hacia arriba, los nuevos grupos de cuello blanco son típicamente ambivalentes en sus actitudes hacia las desigualdades del sistema social. La vaguedad y la incertidumbre de su posición de clase, junto con la tendencia de los trabajadores de cuello azul de considerar la existencia de un gran grupo de empleados de la clase media como una posible vía de escape de su propia situación, han traído consigo una distorsión de la estructura dicotómica de clases que Marx ha analizado.

3. La tercera tendencia reside en un papel nuevo y activo que el Estado desempeña, al equilibrar el sistema socioeconómico. La distinción entre el Estado y la sociedad ha sido concebida originalmente por la burguesía liberal, a fin de liberar el proceso de inter-

cambios económicos de la arbitrariedad política de los gobernantes. La sociedad, como una esfera de actividades socioeconómicas *per se*, debía protegerse contra la intervención del Estado a través de los baluartes de derechos civiles. Pero, la idea de que el sistema autorregulador del libre mercado traería consigo la justicia social, idea que Marx censuró como ideología, no dio resultados en la práctica, cuando se hizo patente que en la lucha por ganancias muy pocos sobrevivían y que las privaciones de la clase obrera se han acrecentado al grado de que esta lucha se volvió tan intensa que el sistema capitalista corría el riesgo de derrumbarse. Se permitió que la política invadiese otras instituciones de la sociedad con fines de defensa: la regulación del proceso económico mediante la intervención del Estado se ha institucionalizado. Los medios de tal intervención: la política fiscal y monetaria, las inversiones del Estado, los programas de trabajo y el bienestar, así como su legitimación ideológica, han variado de tiempo a tiempo y de nación a nación. Así, por ejemplo, los Estados Unidos, por varias razones políticas e históricas, prefirieron invertir el dinero del pueblo en industrias gigantescas (especialmente en los programas espaciales y militares) en vez de gastarlo en los programas del bienestar popular comparables a los de Suecia o Inglaterra. Pero la función reguladora del Estado, como una agencia política independiente, pero no sin relación con la economía de las corporaciones, en la actualidad está institucionalizada en todas las sociedades altamente industrializadas, al grado de que las fronteras entre el Estado y la sociedad civil han sido borradas: de un lado, el Estado actúa y funciona más y más como un género de supercorporación, que por diferentes modos se halla enlazado a las empresas privadas, en tanto que del otro, la sociedad ha sido politizada al grado de que las actividades del Estado, han alcanzado a las comunidades más remotas.

Por consiguiente, existen tres tendencias en el desarrollo del sistema socioeconómico de las sociedades industriales: económicamente, la aparición de la ciencia y la tecnología como una fuerza más grande de producción; socialmente, la aparición de una nueva clase media con una actitud ambivalente hacia la estructura del poder; y políticamente, la institucionalización de la intervención del Estado en el sistema de producción y consumo. El efecto conjunto de estas tendencias es un cambio estructural fundamental en la base social de la política. La estabilidad y el crecimiento del sistema económico se volvieron la meta

suprema de las actividades del Estado. De tal modo, la política moderna reviste un carácter peculiarmente negativo: se orienta hacia la abolición de todos los fenómenos sociales que pudieran trastornar la estabilidad o el crecimiento económico, o los que les impidan funcionar. Todas las posibilidades de la satisfacción de necesidades se definen como los que pueden o pudieran realizarse mediante el acrecentamiento ulterior del producto bruto nacional y el sistema distributivo del mercado oligopolítico dominado por las enormes corporaciones. Las necesidades alternativas no se toman en consideración en serio y a veces incluso se prohíbe la discusión de tales alternativas. No solamente en el sistema capitalista, que se caracteriza por la propiedad privada de los medios de producción, sino también en los Estados socialistas, esta política trata a toda costa de evitar conflictos, basada en la preferencia que se concede a lo que pudiera llamarse un comportamiento instrumentalista en contra del comportamiento comunicativo. El instrumentalismo es un comportamiento que persigue la solución de problemas técnicos, en tanto que la realización de valores podrá lograrse solamente en el comportamiento comunicativo. Cualquiera que sea la estrategia que la tecnología científica ofrezca para la resolución de problemas, usará de instrumentos y procedimientos técnicos que se caracterizan por la optimización de la proporción entre los fines y los medios, calculada de acuerdo con el costo. Las metas con cierta frecuencia se establecen, según que existan o no los medios para alcanzarlas. Sin embargo, los medios y los fines se dan solamente dentro del marco de la estructura de la economía propia de esas corporaciones, que a su vez se caracteriza por el incentivo de la ganancia en el sistema capitalista y por el acrecentamiento de la productividad en el socialismo del Estado. Mientras que el socialismo del Estado no ofrezca metas adicionales, quedará sujeto a las mismas limitaciones que el sistema capitalista.

Uno de los efectos de esta situación es la depauperización relativa del sector público. Dicho de otro modo, en tanto que el nivel privado de vida se acrecienta, las necesidades de la vida en comunidad se desatienden más y más. Una de las razones de este desarrollo es, por supuesto, el hecho de que las necesidades públicas y su costo crezca enormemente a medida que la civilización tecnológica urbana va expandiéndose; por ejemplo, los Estados Unidos tendrán que reconstruir todas las casas existentes durante los

próximos veinte años solamente, a fin de mantener el presente nivel de vivienda que es más bien insatisfactorio.

La segunda razón es que el sistema capitalista tiende a rechazar como no realistas todas las metas que no pueden alcanzarse mediante la inversión privada y el crecimiento máximo de ganancias privadas. El concepto del "capitalismo negro", como un medio terapéutico para aliviar las miserias de los *ghettos* urbanos puede servir de ilustración para ello. Sin embargo, la tercera razón es el carácter instrumentalista de la racionalidad tecnológica, que yerra ineludiblemente, cuando se aplique a los problemas que requieren de una redefinición de necesidades. El fracaso del plan de la descentralización para el sistema de escuelas de Nueva York, propuesto por un comité encabezado por un perito científico tan eminente como Mc George Bundy es sólo uno y el último ejemplo entre numerosos otros ejemplos que pueden mencionarse aquí.

El hecho de usar el progreso científico y tecnológico como el criterio de la estabilidad del crecimiento económico produce también otro efecto que ha cambiado la base social de la política en estos últimos años, a saber, el que los conflictos sociales y políticos, al parecer, se hayan desplazado del centro de las luchas de clase tradicionales a saber: el conflicto entre los trabajadores y los capitalistas hacia lugares más marginales en la matriz social. De seguro, la desigualdad persistente en la distribución de ingresos y la inseguridad en empleo en la industria, sin hablar de la existencia de una amplia subclase de los llamados incapacitados para el empleo, sigue siendo un estímulo fuerte para el conflicto de clases tradicional, tal como lo demuestran los estudios de Robin Blackburn y Norbert Wiley. Con todo, la pregunta de Anatol Rapoport: ¿tienen los intelectuales un interés de clase? apunta a una dirección diferente.

Su enfoque para el estudio del movimiento de derechos civiles y el movimiento de protesta contra la guerra en Vietnam explica muy bien que los nuevos conflictos sociales surgen de las posiciones marginales con respecto a las fuentes de conflictos de clase tradicionales. El movimiento del Poder Negro —una minoría en la comunidad de negros— logró espantar a la mayoría de los blancos, y la rebelión de los estudiantes, de la cual surgió la Nueva Izquierda, no sólo sacudió algunos patios universitarios, sino logró poner en tela de juicio todo el sistema educativo. Este último evento parece estar relacionado con el instrumen-

talismo predominante en la economía de grandes empresas capitalistas. Los estudiantes (y con ellos un gran número de otros jóvenes, así como algunos profesionales) están muy favorecidos por este sistema económico, y no obstante ello, se sienten más y más enajenados por su incapacidad de discutir y satisfacer las necesidades alternativas. La insatisfacción general con la burocracia de las grandes organizaciones, que influyen más y más en nuestra vida, tiene sus raíces en la creciente privación de modelos viables del comportamiento comunicativo, únicos que pueden proporcionar más control sobre nuestra vida y una relación más racional con los conciudadanos.

Es fácil concebir que la resistencia contra este instrumentalismo se intensificará en el futuro y se manifestará en nuevos e inesperados conflictos sociales.

Es seguro que los desplazamientos mencionados en la base social de políticas en la sociedad moderna, son meras tendencias cuyo impacto todavía no puede verse con claridad.

Es verdad que el retrato de nuestra sociedad se vuelve algo distorsionado, cuando tales tendencias se enfatizan, en tanto que los rasgos más comunes y corrientes de la vida política se desatienden. La sociedad, como totalidad, nunca se encuentra en cualquier momento en la etapa histórica que llamamos el presente. Para algunas partes de ella el futuro ya ha empezado, en tanto que los demás ni siquiera han alcanzado el estado de ayer. De este modo, la importancia creciente de las estrategias instrumentalistas del comportamiento no significa que nuestro futuro político será planeado científicamente en un plano "unidimensional", ni tampoco que los elementos tradicionales de las actividades políticas ya no son efectivos. Todavía no vivimos en la sociedad "posindustrial": los intereses socioeconómicos y las ideologías políticas siguen siendo los palenques principales de la historia política. Con todo, el hecho de que las estrategias instrumentalistas son modelos de comportamiento más recientes y más "modernos" tiene significación especial: la coexistencia simultánea de diferentes etapas históricas en nuestra sociedad puede tener por efecto que, al menos en las áreas estratégicas funcionales de la sociedad, los modelos de comportamiento más avanzados prevalecerán sobre la inercia de las complejidades estructurales de los demás. En todo caso, la mera creencia en la omnipotencia de soluciones tecnológicas puede funcionar como una profecía que se cumple ella misma.

Así, es tanto más importante que tales tendencias no se reifiquen por las teorías sociológicas. En efecto, el nuevo instrumentalismo ya se volvió una ideología para los que comparten el poder de las corporaciones, en virtud de sus conocimientos especiales y que tratan de racionalizar sus lazos con el sistema y las fronteras de éste, ensalzando la racionalidad tecnológica como la última solución. No cabe la menor duda de que algunos sociólogos forman parte de esta nueva tecnocracia: la popularidad del concepto "sociedad posindustrial" es significativa de por sí. No obstante ello, en nuestro campo de estudios existe una tendencia que se contrapone a este desarrollo más reciente del positivismo científico y que me parece ser de mayor importancia para el futuro de la sociología: hay un interés lentamente creciente por la estructura de los

mundos de nuestra vida cotidiana con su lucha humilde por la realización de valores y metas personales, así como de modelos de comunicación, únicamente de acuerdo con los cuales dichos valores pueden realizarse. El auge de la etnosociología, el interés recién despertado por el interaccionismo, la fenomenología y la sociología del conocimiento, así como el desarrollo de la sociolingüística, constituyen amplias pruebas de esta nueva actitud. En la sociología política esta tendencia equivale al "movimiento de la raíz de hierbas" (*grass-roots movement*) dentro de la disciplina que se lleva a cabo amplia, pero no exclusivamente, por la generación joven; dicha disciplina todavía no ha adquirido perfiles netos, pero es muy posible que ella determine la futura dirección en este campo de estudios.